

mirar dos, diez, veinte picachos que cerraban el horizonte é impedían saber dónde se hallaba la salida.

— Por aquí es el norte, declaró Berriozábal consultando una brujulilla que llevaba á prevención... Tenemos á Puebla á nuestra espalda, enfrente á Atlixco... Luego, tomando por aquí, faldeando ese cerro y metiéndonos por aquel bosquecillo, no tardaremos en salir camino de México...

— O de otra parte cualquiera, dijo Porfirio risueño.

— No, replicó don Felipe, herido en su amor propio profesional... Mi razonamiento no tiene réplica. Si Puebla está aquí, á la derecha, caminando en esta dirección tenemos que alejarnos de la ciudad y salir...

— Precisamente es lo que falta demostrar; que Puebla esté á la derecha ó á la izquierda, dijo el general Díaz. Sigamos una ruta y á ver cómo salimos.

— Pues déjese usted guiar por mí y verá si le saco á buen camino, muy lejos de Puebla.

— Me pongo en sus manos.

Treparon el montecillo que tenían enfrente, anduvieron un buen trecho y cuando iban á subir á otra eminencia, dijo el muchacho:

— Mi general, oigo ladridos de perros, cantar de gallos y no sé... hasta me parece que hay un destacamento cercano, pues se oyen voces de alerta.

— Está soñando este chico, explicó desdeñosamente

Berriozábal; debemos de estar á seis ó siete leguas de los últimos puestos franceses.

— No sé si serán ó no serán franceses, interrumpió Porfirio, pero también oigo voces de alerta.

— No puede ser.

— Fíjese usted.

— En seguida nos desengañamos.

— Pues á subir á ese montículo.

No tardaron en plantarse sobre la eminencia, y cuando el guía se preparaba á demostrar por *a más be* que tenía mucha razón en cuanto había afirmado, vieron una llanura verde, risueña, enorme, apenas herida á trechos por acequias, fosos y vallados, y asaeteada por los rayos feroces de un sol de fuego que parecía besar con amor inmenso tanta hermosura, la que á su vez se entregaba en los brazos del sol como la esclava en los del señor.

Extendió la mano Berriozábal quizás para hacer explicaciones de rumbos y vientos, cuando hirió los ojos de todos (como una decoración teatral ante la que se hubiera apartado de improviso el telón que la cubriera) el panorama de Puebla con sus cien torres enhiestas, con sus huertas floridas, con sus casas blancas, con sus conventos roñosos, con sus colinas de suave pendiente que parecen fabricadas por manos de hombres, y con toda su pompa de ciudad feliz, que disimulaba sus postreros quebrantos

592

arrebujiándose en el manto de oro con rapacejos de seda que la cubría de pies á cabeza.

Berriozábal consultó el sol, que ya estaba próximo á su meridiano, contempló las nubes blancas que volaban por el cielo como enormes alciones, señaló el velo de oro que cubría el paisaje y las miriadas de átomos que le rodeaban como un rompiente de gloria y se trazó nuevo plan para continuar el camino. Media hora más tarde, en las primeras estribaciones de la sierra, vieron destacarse entre verdura un jacalillo de paja; después miraron otro y otros, luego una tienda con su rótulo abigarrado, después un grupo de casitas blancas y al fin, cuando se detenían á mirarles muchos rancheros, viejas que dejaban el metate y muchachos de camisa hasta el ombligo, vieron venir á un tío gordo, vestido con chaqueta de dril y sombrero de Panamá, que les dirigió la palabra de mala manera.

— ¿Qué gentes son ustedes? Vamos á ver... Ustedes han de ser chinacos.

— Padrecito, buenos días, susurró Porfirio humildemente, bajándose del caballo y besando una mano basta, mugrosa y peluda que el reverendo dejaba ver, mientras con la otra acariciaba el penco del doctor Cacho. ¿No tiene su reverencia la bondad de indicarnos cómo podremos salir á camino seguro?

— ¿Pues adónde van? ¿Quiénes son ustedes?

— Padre, exclamó Porfirio cogiendo aparte al ventrudo cura. Por Dios que su merced no alce la voz, que puede haber aquí gentes que estén de acuerdo con los de Ortega... Está lleno el camino de chinacos derrotados y dónde nos conocieran no podríamos llegar á Tlaxcala, donde llevamos una comisión.

— ¿Comisión de quién, hombre de Dios?

— Del general Almonte, dijo el jefe en las orejas de su interlocutor.

— Pero, ¿de veras, hombre? ¿No me engaña? Mire que si me dice tanto así de mentira, los amuelo. Con estos rancheros de San Miguel Canoa tengo para darles una buena zacateada.

— Palabra, padrecito.

— No, no me basta; júremelo.

— Verdad de Dios.

— Y ¿cómo está Su Excelencia?

— Tan bueno y tan contento, dijo impertérrito Berriozábal, que había comprendido al vuelo. Ya se restableció de su dolorcito del hígado, y ahora se dedica á organizar estas cosas del gobierno.

— ¿Y Márquez?

— De don Leonardo yo le puedo dar razón, chilló Pancho metiendo su cuchara; está como unas mialmas, lleno de gusto por esta zurra que les hemos dado á los enemigos de la fe y dispuesto á continuar. Ya usted le conoce.

— No le he visto en mi vida, continuó el cura cerril; pero me parece un nuevo Judas Macabeo.

— Otro Godofredo, confirmó Porfirio con unción.

— Pasen á su casa, dijo el sacerdote, empujando la puerta del curato.

— Pase usted, señor cura.

— Usted primero, señor...

— Capitán Montoya, declaró Berriozábal con cortesía... El señor es el mayor Cavero, y este chico el teniente Miramón.

— ¿Pariente del general?

— Sobrino carnal; hijo de una hermana suya.

— Tiene usted un gran nombre que honrar.

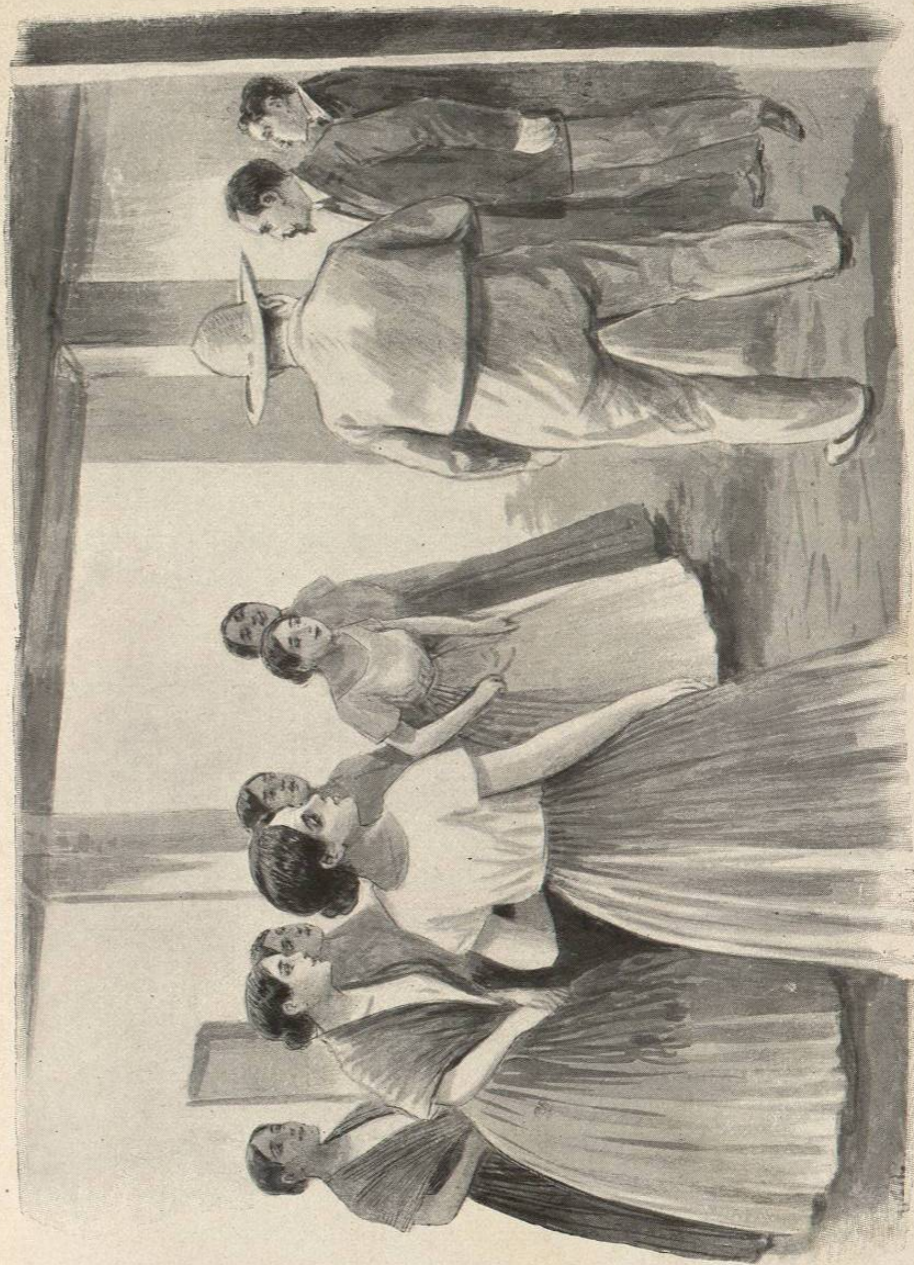
— Y procura honrarle, dijo uno de los generales.

— Pues que sea para bien... Justa, Rufina, Galación, Chona, Manuela, Toña, Felipa... Son sobrinas mías; muchachas huérfanas, explicó el reverendo con naturalidad.

Y á aquellos gritos fueron apareciendo en el zaguán enjalbegado y fregoteado, siete ú ocho muchachas frescas, guapas, rollizas, limpias, criollas, mestizas ó indias.

— Atiendan á estos señores, que han de venir traspasados; fríanles unos huevos, caliéntenles unos frijolitos, ásenles cecina... Yo voy adentro á ponerme la sotana, que estoy de trapillo y no conviene...

— Está usted bien, señor cura.



Y á aquellos gritos fueron apareciendo en el zaguán enjalbegado y fregoteado...

— Como quiera está usted bien.

— No, no; vuelvo en seguida.

Volvió, en efecto, abotonándose la sotana y poniéndose la mano en la boca como si fuera un biombó para conseguir que se diseminaran los gases de un detonante eructo que le salía con gran estrépito y á destiempo.

— Ustedes van á dispensar, pero lo cierto es que nunca vive uno preparado en estos pueblecitos de Santanás.

Cuatro ó cinco de las lindas muchachas guisaron en un periquete una comida para chuparse los dedos, y los prófugos la aposentaron en sus estómagos en menos tiempo que se había hecho. El señor cura rezaba el oficio bajo una higuera del patio, las muchachas iban y venían trayendo tortillas calientes, café y dulce de membrillo, y sólo se oía de cuando en cuando el zumbar de unas abejas que salían ebrias de miel de los cálices de las rosas, y el susurro de la voz del señor cura que repetía á cada lección del breviario: *Tu autem, Domine, miserere nobis...*

A una seña de Porfirio, Pancho salió á ensillar los caballos; Berriozábal rumió picarescamente:

— ¿Se acuerda usted de aquel buen cura á quien reprendió el obispo porque en vez de dama conciliar mayor de cincuenta años, tenía dos muchachas de veinticuatro, y que contestó que tenía la dama dividida en dos volúmenes? Pues este amigo podría, si le preguntaran, res-

ponder que tenía, en vez de dos volúmenes, las obras del Tostado... empastadas en piel fina.

— Toda la patrología.

— ¡Cómo! ¿qué se van ustedes tan pronto? exclamó el párroco poniéndose en pie y colocando una cintita morada en la página del breviario. Ya veo caballos ensillados y eso me da mala espina... Aún no viene el guía y tienen que esperarse.

— Pues nos alcanzará, señor cura.

— Ustedes lo saben; pero no es preciso que se marchen. Echaremos una manita de tute.

— Tendríamos mucho gusto.

— ¿Y si les hace daño? dijo la menos tímida de las muchachas, que se sentía llena de placer á la vista de los militares.

— Eso es, ya ustedes saben: después de comer, ni un sobrescrito leer.

— Así digeriremos, manifestó Berriozábal montando en el penco mientras le imitaban los otros.

— Muy agradecidos, señor cura.

— ¿Qué agradecen, hombre? No vale la pena... Aquí derecho siguen la vereda, dan vuelta á la izquierda hasta donde encuentren una cruz de palo, se meten por el monte y no tardan en topar con la primera mohonera de los Castillos: allí no hay pierde y van á dar derechito á Tlaxcala.

— Gracias, padre.

— Gracias, señor cura.

— De nada, hijos... Que Dios les bendiga.

Echaron cuarta á las bestias los tres jinetes, y poco alejados de allí Díaz exclamó:

— ¡Maldito cura! No nos la creyó y estaba camelándonos.

— ¡Qué nos había de creer! No es tan tonto; pero como dudaba, quiso detenernos.

— Su guía va á decir por dónde andamos.

— Pues no hay más que cambiar de camino.

— Tiempo sobra para eso. Vamos siguiendo y á ver en dónde nos coge la noche.

Las señas de su reverencia fueron exactas, y al pardear la tarde bajaban molidos y maltrechos los jinetes en la hacienda del Techalote. Al día siguiente, muy temprano, siguieron para Apam, animados por una buena noche y por una acogida mejor de los encargados de la finca.

— Malas noticias de nuestros amigos, refirió Díaz apenas salieron de la hacienda: las gavillas que abundan por aquí robaron á Régules, á Antillón, á Ghilardi, á don Alejandro García y á otros muchos jefes que se aventuraron solos ó por parejas.

Y cuando acababa de decirlo, como si hubiera sido una evocación, aparecieron en lo alto de una eminencia,

veinticinco ó treinta jinetes de caras cubiertas, caballos bailadores, armas relucientes y aspecto de perdonavidas.

- A hacerles fuego, dijo Berriozábal.
- No hay que hacer nada. Voy á reconocerles.
- Le cogen á usted.
- Le matan.
- Yo iré, mi general.

Mas Porfirio nada oyó, sino que picándole espuelas al *cuaco* se alejó seguido de los dos acompañantes.

Berriozábal y Olivos se detuvieron al ver salir sombrero en mano á uno de los facinerosos y tender la diestra á Porfirio.

Luego escucharon un viva y después observaron la señal que el explorador hacía para que se acercaran. Cuando llegaron les dijo el general:

— Les presento á ustedes al teniente Montiel, del regimiento de *plateados* de don Antonio Pérez.

Y el la Irón, en vez de contestar, gritó á voz en cuello:

— ¡Viva el general Díaz!... ¡Viva el general Berriozábal!... ¡Viva su ayudante!

— ¡Que vivan! dijeron á una los otros ladrones.

Y á su modo les hicieron honores á los fugitivos y se les ofrecieron muy sus criados y adictos. Apenas era tiempo, pues por contar con aquella curiosa escolta no

cogieron las avanzadas conservadoras á Porfirio y á don Felipe, que eran perseguidos por denuncia del señor cura de San Miguel.

El mismo día llegaron á México los viajeros.

